



Espiral

ISSN: 1665-0565

espiral@fuentes.csh.udg.mx

Universidad de Guadalajara

México

Bloch, Avital H.

Región en las tradiciones intelectuales estadounidenses

Espiral, vol. VII, núm. 20, enero/abril, 2001, pp. 61-87

Universidad de Guadalajara

Guadalajara, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13802003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Región en las tradiciones intelectuales estadounidenses

El regionalismo tradicional

La preocupación reciente con el tema del federalismo en los países de Norteamérica presupone sobre todo un

enfoque territorial, en el sentido de divisiones geográficas formales. En una estructura federal, el Estado está dividido en secciones que se llaman estados en México y Estados Unidos, y provincias en Canadá. El Estado es una estructura política y administrativa que organiza un espacio territorial y satisface las necesidades de la población ciudadana. En su modelo ideal, el propósito de cualquier Estado es mejorar el bienestar de sus ciudadanos y hacer prosperar sus intereses, tanto individuales como públicos, al tiempo de mantener la estabilidad de la estructura gubernamental y administrativa. Por lo tanto, cualquier segmentación del Estado federal en unidades geográficas debe tomar en cuenta la administración y el gobierno.

Un acto de "federalización" del territorio debe considerar a los habitantes como ciudadanos políticos, como individuos frente al gobierno y

Este artículo se centra en los conceptos de "región" y "regionalismo" en Estados Unidos y la relativa carencia de un pensamiento regionalista en la historiografía y el pensamiento contemporáneos. Al preguntarme cuáles son las razones de la relativamente pequeña preocupación con las divisiones geográficas en Estados Unidos, la respuesta principal que encuentro es que historiadores, pensadores sociales, politólogos y teóricos han dividido el colectivo nacional/comunal de maneras no geográficas o territoriales.

Hay alternativas a la "región" en la percepción del "país". Quienes analizan la estructura de la nación y su historia perciben el problema como si estuviera centrado en cómo los estadounidenses –como individuos y grupos específicos– se relacionan con la estructura política y entre ellos mismos. Este artículo discute cómo las relaciones entre ciudadanos y el Estado han cambiado durante la segunda mitad del siglo veinte de manera tal que embonan en transformaciones ideológicas.

Así, el artículo examina las respuestas dadas por liberales a través del concepto de "pluralismo"; la crítica radical que ofrece un nuevo tipo de análisis de clase y de grupo y la solución reciente que provee el "multiculturalismo."

♦ Profesora Investigadora del Centro Universitario de Investigaciones Sociales de la Universidad de Colima.

la ley. Las subdivisiones de estados y provincias implicadas en una estructura federal son segmentos formales con definiciones legislativas. Estas subdivisiones administrativas y territoriales son el resultado de historias políticas específicas y de las demarcaciones fronterizas heredadas del pasado. El pensamiento federalista contemporáneo, además, toma en cuenta también aspectos de cultura y de relaciones humanas y los vincula al Estado. Dentro de un país, un tipo de división espacial que es informal en términos legales y constitucionales, y que resulta de la combinación de cultura y geografía, es la regionalización. El regionalismo contemporáneo considera una región dentro de un marco federal, como el agregado de unidades individuales que lindan unas con otras y que comparten características geográficas, económicas, culturales e históricas.

La historiografía moderna se interesa por el estudio de las regiones, en el marco de lo que los historiadores llaman “historia regional”. Generalmente, la historia se concentra en la combinación de tiempo y espacio. La historia regional, sin embargo, amplifica lo espacial a costa de lo temporal, con la justificación de que el espacio es un elemento crucial que ayuda a entender lo que sucedió con el paso del tiempo. Sin embargo, percibimos la región no meramente como una superficie geográfica o sección del territorio nacional, sino también como un ámbito unificado por procesos históricos particulares, experimentados por la gente que ha vivido en esa zona. Esto significa que hay muchas posibilidades de dividir “el todo”, o de regionalizar un territorio. Esto puede hacerse a partir de las características naturales que marcan los desarrollos históricos singulares de una región, o mediante la división del territorio nacional en unidades políticas tales como condados, estados o grupos de estados. Los historiadores regionales asumen que tales segmentos formales son decisivos para estudiar el pasado particular de su gente.

La regionalización puede efectuarse también tomando en

cuenta las culturas específicas de la gente que habita una zona. Esto equivale a la división cultural de las regiones. En todo caso, se han dado interminables debates geográficos, políticos, culturales o demográficos en torno a interrogantes tales como: la forma en que se puede determinar el factor unificador de una región para definirla propiamente; cuáles son las regiones que importan en la historia de cualquier nación dada; qué tan estrechamente pueden los historiadores definir sus regiones y aun justificar su historia como algo que importa para la comprensión cabal del todo; y qué tanto la regionalización olvida procesos históricos y fenómenos inter o transeccionales.

Una parte importante de la discusión, así como el concepto mismo del regionalismo, debe entenderse de acuerdo a las necesidades de los historiadores para probar la validez de ciertas creencias intelectuales, ideológicas y políticas. Este ensayo analiza el regionalismo y sus conceptos historiográficos alternativos a través del prisma de creencias y sentimientos de los historiadores del pasado estadounidense. El debate que gira alrededor de la historia regional es si la historia debiera ser hecha de las partes o del todo. El punto fundamental que este debate se plantea es a quién se presta atención y a quién se ignora en la historia de la parte o en la historia del todo. O quiénes son de casa y quiénes forasteros; quiénes están en el centro y quiénes en la periferia.

Estados Unidos, dados su gran tamaño y su enorme población, tiene una estructura regional. Existen las generalmente bien definidas regiones del Sur, Norte, Este y Oeste. Más concretamente, en Estados Unidos existen el viejo Sur y el nuevo "Sur profundo" o *Deep South* (Alabama, Misisipi, Luisiana); el Noreste (que incluye los estados de la Nueva Inglaterra y Nueva York, Pensilvania y Nueva Jersey); el Atlántico medio que traslapa en parte el Noreste (Maryland, Nueva Jersey, Delaware); el medio Oeste, el lejano Oeste, el Suroeste y el Noroeste. Hay también numerosas regiones

más pequeñas en tamaño o minirregiones. Por ejemplo, Pensilvania occidental, los Adirondacks en el estado de Nueva York, los Apalaches de Virginia Occidental, Kentucky y Tennessee, las Montañas Rocosas entre otras. Muchas de estas minirregiones son nombradas y definidas por las zonas topográficas donde se encuentran: ya sean montañas o valles, como el valle de Ohio y el valle del Misisipi.¹

Las regiones ciertamente difieren unas de otras, no sólo por consideraciones de clima y geografía, sino por experiencias y desarrollo histórico comunes en términos de cultura, economía, desarrollo y estructura social. Las regiones más investigadas y entendidas como tales son el Sur y el Norte. Estas regiones se distinguieron entre sí desde la Colonia, debido a la esclavitud, que produjo estructuras sociales y culturales específicas. El Norte y el Sur entraron, como es sabido, en un grave conflicto que condujo a la guerra civil. Y fue esta tragedia bélica la que alimentó las diferencias y hostilidades entre estas dos zonas del país, que perduraron después de concluido el conflicto armado. Así, la historia sureña se convirtió, desde finales del siglo diecinueve, en un campo de estudio establecido dentro de la historiografía regional de Estados Unidos. Esta área se enfocó en temas que caracterizaron al Sur, tales como la historia de la esclavitud, la separación racial, la estructura aristocrática de la élite y las tradiciones militares.²

1 Para otra definición de las regiones estadounidenses véase John Nickerson, *Acerca de los Estados Unidos: el regionalismo norteamericano* (Washington, D.C.: Servicio Informativo y Cultural de EUA, 1986).

2 Sobre historiadores sureños véase Peter Novick, *That Noble Dream: The "Objectivity Question" and the American Historical Profession* (Nueva York: Cambridge University Press, 1989), 76-78. Para un ejemplo reciente de historia sureña véase Eugene Genovese, *The Southern Tradition: The Achievement and Limitations of American Conservatism* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1994) y James C. Cobb, *Redefining Southern Culture: Mind and Identity in the Modern South* (Athens: University of Georgia Press, 1999).

Existe también la historia del Oeste, que se concentra en el pasado distintivo de la “frontera”, donde se desarrolló el estereotípico individualismo singular que supuestamente caracteriza a los estadounidenses. Esta historia de la expansión hasta el lejano Oeste se estudia especialmente a partir de la “tesis de la frontera” del historiador Frederick Jackson Turner.³ En años recientes, los historiadores estadounidenses han prestado más atención al Oeste que al resto de las regiones. Pero la historia del Oeste ha despertado una gran controversia sobre las interpretaciones recientes de la región por parte de nuevos historiadores revisionistas, quienes han rechazado la historiografía anterior. Regresaré a este punto al final de este artículo.

Hay también historiografías de otras regiones. La Nueva Inglaterra, por su liderato intelectual y espiritual durante la Colonia, es otro ejemplo de historiografía relativamente fructífera.⁴ Sin embargo, debido al débil centralismo geográfico de Estados Unidos –en comparación con las estructuras centralizadas de otros países–, los historiadores de la “corriente principal” no perciben al regionalismo tradicional y su método de separar el territorio en partes geográficas distintas como un objeto de estudio importante. Por lo tanto, los estudios regionales han perdido fuerza en la profesión histórica.

Algunos historiadores estadounidenses todavía practican la historia regional enfocada a unidades geográficas, pero pocos entre ellos son académicos. Aún existen las tradicionales sociedades históricas locales y estatales, así como mu-

3 Allen Billington, *The Genesis of the Frontier Thesis: A Study in Historical Creativity* (San Marino, Ca.: Huntington Library, 1971); Richard Hofstadter, *Turner and the Sociology of the Frontier* (Nueva York: Basic Books, 1968); Wilbur R. Jacobs, *On Turner's Trail: 100 Years of Writing Western History* (Lawrence: University Press of Kansas, 1994).

4 La Nueva Inglaterra prosperó también por el dominio que los historiadores de la región ejercieron sobre la profesión y por la importancia nacional de universidades-élite en la zona. Véase Novick, *That Noble Dream* 80-85.

seos que sienten la obligación de explorar el pasado regional. Con frecuencia, viejos grupos de la élite educada administran estas organizaciones, donde aplican sus intereses amateurs en la historia y su deseo por enseñar y reforzar las raíces locales y el orgullo patrio dentro de sus comunidades. Estos historiadores amateurs expresan su actitud tradicionalista a través de su producción de textos populares –narrativas, registros, crónicas–, artefactos y exposiciones. En ocasiones, las sociedades históricas no profesionales reciben la asistencia de expertos para organizar y reconstruir sitios históricos, proyectos de preservación histórica y conmemorativos, festivales históricos, exposiciones de museos, proyectos de historia oral y la publicación de revistas de historia local. Pese a esto, con frecuencia los productos historiográficos y museográficos de las sociedades históricas locales carecen de profundidad interpretativa teórica, conceptual y contextual, y de la sofisticación para satisfacer los requisitos de la profesión histórica.

El pluralismo liberal y la crítica
de la nueva izquierda

Como parte del contexto consensual de los años posteriores a la guerra, es vital hablar de la ideología y de la estructura pluralista de Estados Unidos. El pluralismo se convirtió en un elemento central para que los liberales explicaran la unidad y la estabilidad sociopolíticas. La teoría liberal del pluralismo, desarrollada por sociólogos y politólogos de la época, analizaba la “sociedad civil”: Se enfocaba en la gente, en las estructuras sociales y en las interacciones entre los ciudadanos, sin importar dónde éstos se establecieran. El análisis pluralista de la sociedad civil no se interesaba fundamentalmente por cuestiones de gobierno, estados o federalismo. Su objetivo era ofrecer, desde la perspectiva sociológica, una visión de la estruc-

tura sociocultural del pueblo y los mecanismos de cohesión nacional.

El pluralismo liberal consideraba que la sociedad estaba compuesta por varios “grupos de interés” –políticos, culturales, religiosos, económicos–, tales como sindicatos, grupos étnicos organizados y organizaciones voluntarias. La presunción esencial del pluralismo era que estos grupos no sólo podían existir por separado, sino que, en la medida en que no violaran el “interés público”, podían competir legítimamente entre ellos por el poder y los recursos de la sociedad. Dado que los grupos y los intereses eran numerosos, ninguno podía volverse tan extremista o poderoso como para violar o disminuir los derechos de los otros. La competencia entre grupos no debe ser en torno a ganancias amorfas –culturales, espirituales, utópicas–, sino sobre beneficios económicos y políticos, lo que permite que el sistema controle esa misma concurrencia. La ventaja de un pluralismo tal, según los liberales, era que permitía que existiera la competencia al mismo tiempo de mantener la estabilidad y la unidad nacional, a través de la noción del interés público o la idea del bienestar de la colectividad.⁵

Dado su énfasis en un equilibrio político intergrupalo y no geográfico, el pluralismo era la antítesis del análisis regional. En los sesenta, la nueva izquierda decidió probar que el consenso y el pluralismo eran mitos que los liberales habían creado para celebrar a Estados Unidos como una sociedad superior y exitosa. Para los radicales de izquierda era fundamental hablar de conflictos y no de consensos. La peor consecuencia de los conflictos políticos y sociales, según los radicales, era que grupos tales como las minorías raciales y étnicas, los trabajadores, las mujeres y los pobres, habían estado marginados y, en muchos casos, oprimidos durante

⁵ Sobre el pluralismo de la posguerra véase Richard H. Pells, *The Liberal Mind in a Conservative Age: American Intellectuals in the 1940s and 1950s* (Nueva York: Harper & Row, 1985), 130-147.

generaciones. La nueva historiografía de izquierda rechazaba así la postura pluralista liberal.

Los pluralistas liberales se interesaban en los grupos de inmigrantes que llegaron a Estados Unidos de la Europa del Este y del Sur, a finales del siglo diecinueve y principios del veinte: polacos, italianos, griegos y judíos entre otros. En este sistema étnico, los negros fueron objeto de discriminación colectiva y, al mismo tiempo, reconocidos como la minoría racial más importante. Los negros se convirtieron en el “Dilema Americano”, como lo llamó el sociólogo sueco Gunnar Myrdal.⁶ Para el pensamiento liberal de la época, la clasificación social de “minorías” era indeseable. Idealmente, sin embargo, en un sistema democrático “correcto”, el concepto de “minorías” debía desaparecer. Para los radicales, por otra parte, estas minorías no sólo habían persistido, sino que precisamente por esta razón debían convertirse en el centro del estudio histórico. Dicha historiografía debía analizar la relación desigual de las minorías con el centro político, económico y cultural de la nación, así como con las clases dominantes.⁷

Los radicales de izquierda influyeron en el cambio ideológico del concepto del regionalismo a finales de los años sesenta. El ideal de los radicales en ese periodo era reducir el poder del gigantesco Estado nacional y debilitar lo que a ellos parecía un sistema económico y político demasiado poderoso y centralizado. Por eso rechazaron el Estado-nación moderno, creado en Europa en el siglo diecisiete, y concebido como la forma ideal para lograr la libertad y la igualdad. Para los radicales, el nacionalismo del Estado moderno implicaba la

⁶ David W. Southern, *Gunnar Myrdal and Black-White Relations: The Use and Abuse of an American Dilemma, 1944-1968* (Baton Rouge: University of Louisiana Press, 1987).

⁷ Sobre la historiografía de la nueva izquierda de los sesenta véase Novick, *That Noble Dream* 415-468. Véase también Robert F. Berkhofer, Jr., “A New Context for a New American Studies?”, *American Quarterly*, diciembre de 1989, 588-613.

centralización política y, por lo tanto, era un sistema negativo y antidemocrático.

Los radicales se identificaron más bien con “los antifederalistas” de la década de 1780, cuando el debate sobre la ratificación de la nueva Constitución federal. Los antifederalistas se opusieron al poderoso sistema federal. Ellos preferían la Confederación, es decir, la unión que existía antes de que se ratificara la Constitución federal y que no estaba controlada por un centro único. Su razón era que la Confederación permitía mayor autonomía local y estatal para favorecer a las clases populares que el federalismo. Fue por esto que los radicales de los años sesenta, siguiendo a los antifederalistas, criticaron lo que hasta entonces los liberales habían considerado la progresista y brillante Constitución federal.

A los radicales de los sesenta y a sus seguidores, por lo tanto, disgustaba la estructura centralista.⁸ Ellos argumentaban que esta estructura concentraba el poder, producía burocracias inhumanas y una economía explotadora. Los radicales argumentaban además que, junto con el sistema capitalista que lo apoyaba, el centralismo había destruido las comunidades locales y el sentido de las relaciones humanas. De manera similar, la típica metrópolis capitalista creaba un desbalance demográfico al destruir vecindarios y desplazar a la gente de sus lugares naturales. La nueva agenda política del regionalismo radical afirma que el sistema tiene que ser dividido en proporciones manejables para el ser humano y que los estudios históricos deben estar enfocados, más que en la nación, en el análisis de esas divisiones o partes.

Se puede entender esta tendencia de finales de la década de los sesenta y principios de la de los setenta como una expresión del concepto “neoizquierdista” de la “democracia participativa”. Esta noción buscaba reemplazar la existente

⁸ Sobre el radicalismo y regionalismo posterior a los años sesenta véase William Appleman Williams, “Radicals and Regionalism”, *Democracy*, octubre 1981, 87-98.

estructura centralizada, por una que se enfocara en la gente y en las relaciones humanas. La nueva izquierda abogaba por una estructura que le proporcionara poder a la gente para administrar sus comunidades e influir en las decisiones tomadas desde el centro. Este pensamiento político y su énfasis en los individuos hizo que la ideología regional se entendiera como una noción ligada a las comunidades y los sectores de la población. Estos sectores y comunidades podían ser definidos trans-regionalmente y por su relación con el centro, y no necesariamente como una noción de geografía y espacios definidos.⁹

Esta opinión crítica de la izquierda, que implica fragmentar la historia nacional y hacer “historia de las partes”, ha enjuiciado también la “escuela del consenso” que dominó los círculos intelectuales liberales desde finales de la Segunda Guerra, hasta los años sesenta. La escuela del consenso subrayaba la ausencia de conflictos significativos entre los diferentes fragmentos de la sociedad. También idealizaba el carácter nacional estadounidense a través de estudios que enfatizaban la uniformidad de la nación y una cultura homogénea que trascendía todas las divisiones.¹⁰

La historiografía de la nueva izquierda, con su énfasis en comunidades humanas, impactó con fuerza la corriente principal de la investigación histórica. Y, desde mediados de la década de los setenta, transformó en su totalidad la historiografía. De esta manera y a partir de entonces, no sólo los

9 Sobre el aspecto participativo y personalizado del radicalismo de la nueva izquierda de los años sesenta véase James J. Farrell, *The Spirit of the Sixties: The Making of Postwar Radicalism* (Nueva York: Routledge, 1997), 137-170, y Edward P. Morgan, *The 60s Experience: Hard Lessons about Modern America* (Filadelfia: Temple University Press, 1991), 87-111. Véase también Julie Stephens, *Anti-Disciplinary Protest: Sixties Radicalism and Postmodernism* (Nueva York: Cambridge University Press, 1998), 24-47.

10 Sobre la “escuela del consenso” véase John Higham, “The Cult of the ‘American Consensus’: Homogenizing Our History”, en *Commentary*, febrero de 1959, 93-100; John Higham, “Beyond Consensus: The Historian as Moral Critic”, en *American Historical Review*, abril de 1962, 609-625.

historiadores radicales, sino también los investigadores liberales de la corriente principal, se han convertido en seguidores de lo que ahora se volvió la nueva ortodoxia dentro de la profesión. En otras palabras, la escuela de la historia de las partes o de las comunidades, conocida ahora como la “nueva historia social”, transformó, a través de su influencia, la corriente principal historiográfica.¹¹

La integración de la historiografía de izquierda a la corriente principal a finales de los setenta ha resultado, primero, en la disminución de su vehemente ideología radical, pese a que aún prevalece entre sus partidarios el revisionismo y el espíritu crítico contra la escuela del consenso. Segundo, su nuevo énfasis historiográfico, tal como su nombre lo sugiere, es social y cultural y menos político, en el sentido tradicional del término. Mientras que para la historia tradicional la política pertenece a la esfera pública, al gobierno, al poder, a las instituciones o a los partidos, para la nueva historia social lo político se ha convertido en algo considerablemente más amplio: esta definición de lo político incluye también a la esfera privada, a las fuerzas sociales, culturales y espirituales.¹² Dado su énfasis en los aspectos sociales, culturales y espirituales, la nueva visión historiográfica se basa en el concepto de la historia de las partes en vez de la historia del todo.

La historia pública y la nueva historia social

Existen varias tendencias dentro del complejo de la nueva historia social. Veamos la llamada “historia pública”, diseña-

¹¹ Sobre la orientación hacia las “partes” véase Novick, *That Noble Dream*, 469-510.

¹² En torno a estudios socioculturales véase Dominick La Capra, “Is Everyone a Mentality Case?”, *History and Theory* v. 23, n. 3, 1984, 302; véase también Peter Burke, *History and Social Theory* (Ithaca: Cornell University Press, 1992); sobre la reducción del aspecto tradicional de lo político en la historiografía véase Geoff Eley y Keith Nield, “Why Does Social History Ignore Politics?” *Social History* v. 5,

da para el público lego.¹³ La historia pública está más orientada a los estudios regionales que otras corrientes. Esta forma de hacer historia empezó a resonar en los años setenta. La historia pública fue definida como la tarea histórica no realizada en las universidades. Junto a las personas que pertenecían a las élites educadas y que controlaban instituciones históricas locales, los historiadores que durante esa década se vieron forzados a buscar acomodo fuera de la vida universitaria promovieron la historia pública. Ésta se practica todavía en museos y sociedades históricas, en donde se elaboran proyectos tales como exposiciones, historias orales y películas documentales. Este tipo de historia se fundamenta en el pasado de grupos y localidades que abarcan vecindarios, comunidades de trabajadores, sindicatos, fraternidades, grupos étnicos y grupos políticos de base.¹⁴ Todos estos grupos son también los consumidores de esta producción historiográfica. Como puede apreciarse, la historia pública comparte la ideología de la nueva historia social, especialmente en su propósito de crear vínculos cercanos entre historiadores y comunidades.

1980, y Eugene Genovese y Elizabeth Fox-Genovese, "The Political Crisis of Social History: A Marxian Perspective", *Journal of Social History*, v. 10, 1976.

13 Sobre el concepto de "historia pública" véase Jo Blatti, Ed., *Past Meets Present: Essays About Historic Interpretations and Public Audiences* (Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press, 1987); Susan Porter et. al., *Presenting the Past: Essays on History and the Public* (Filadelfia: Temple University Press, 1986), y Novick, *That Noble Dream* 510-521.

14 Sobre museos véase David Lowenthal, "The Timeless Past: Some Anglo-American Historical Preconceptions", *Journal of American History*, marzo de 1989, 1263-1280, y Spencer Crew y Lonnie G. Bunch, "Museums and the Academy", *Prospectus*, noviembre de 1990, 4-7; sobre historia oral consúltese Jo Blatti, "Public History and Oral History", *Journal of American History*, septiembre de 1990, 615-625; Paul Buhle y Robin D. G. Kelly, "The Oral History of the Left in the United States: A Survey and Interpretation", *Journal of American History*, septiembre de 1989, 537-550, y Lu Ann Jones y Nancy Grey Osterud, "Breaking New Grounds: Oral History and Agricultural History", *Journal of American History*, septiembre de 1989, 551-564; sobre el cine véase Robert A. Rosenstone, "History in Images/History in Words: Reflections on the possibility of really putting History into Film", *American Historical Review*, diciembre de 1988, 173-185.

A partir de los años setenta, la historia pública combinó el regionalismo tradicional de las sociedades históricas amateurs con el propósito cívico de inculcar en los miembros del público el patriotismo local. Pero el papel educacional que los historiadores públicos profesionales han desempeñado se ha inclinado en una nueva dirección. Aun más que la historia académica, la historia pública heredó el ideal de la democracia participativa.

Para los historiadores públicos, esta herencia implica movilizar ideológicamente y radicalizar a los grupos discriminados y a las comunidades marginales. Los historiadores públicos pretenden alcanzar este fin transmitiendo a estos grupos y comunidades información sobre su historia colectiva. El objetivo de estos historiadores es crear una conciencia histórica, una memoria colectiva y una nueva autolegitimidad dentro de los grupos, comunidades y localidades “olvidados”.

La carencia de legitimidad para estos sectores olvidados, según los historiadores públicos, se basa en la premisa radical de que las clases gobernantes han impedido que las comunidades y los grupos en la periferia conozcan su pasado. Los historiadores públicos creen todavía que tales sectores pueden capitalizar y usar políticamente el nuevo conocimiento que obtengan de su pasado y su herencia cultural. No sorprende por tanto que, dada su tendencia políticamente radical, la historia pública haya sido descrita también como la “historia del pueblo”. Al igual que la nueva historia social, la “nueva historia política” considera que su finalidad es redefinir quién pertenece al pueblo o a la nación: la nueva historia política ya no permite que la historiografía asociada con las élites del centro tache a los débiles y marginados de “forasteros”. Cuando la nueva historia y la historia pública enfatizaron que ciertos sectores habían sido victimados a todo lo largo de su pasado, los convirtieron en los héroes de esta historiografía crítica.

Al discutir los programas anti-elitistas y microhistóricos de la nueva historia social en los años setenta, y el impacto de la nueva izquierda estadounidense, es fácil trazar la influencia de las escuelas francesas de los *Annales* y de los estructuralistas. Estas dos escuelas, con su propio enfoque radical, se integraron rápidamente a la corriente principal en Estados Unidos.¹⁵

Para los años setenta, la historiografía estadounidense ya había aceptado el concepto de estudios de comunidades que practicaban estas escuelas. Unas de las influencias francesas principales fueron los estudios de ciudades coloniales de la Nueva Inglaterra. Aunque continuaron los estudios de comunidades unidas en el espacio, los nuevos historiadores estadounidenses ampliaron el concepto de comunidad para incluir a grupos y colectividades separadas en el espacio. Esto significó que muchos estudios se enfocaron en las personas y en las conexiones culturales entre ellas, que las definían así como comunidades: trabajadores y grupos étnicos y raciales, entre otros. Entre más marginada y desventajosa era la situación de un grupo respecto al centro, más interesaba el grupo a los historiadores. En otras palabras, lo que permitía que un grupo fuera considerado como “comunidad” eran sus experiencias históricas de exclusión, discriminación o supresión como factores integradores que trascendían el espacio; la ubicación geográfica de sus miembros apenas contaba.¹⁶

15 Sobre los *Annales* véase Jacques Le Goff, “The Historian and the Common Man”, en Jerome Dumolín y Dominique Moisi, Eds., *The Historian Between the Ethnologist and the Futurologist* (París: Mouton, 1973); François Furet, “Beyond the *Annales*”, *Journal of Modern History*, septiembre de 1983, 389-410; François Furet, *In the Workshop of History* (Chicago: University of Chicago Press 1984); H. L. Wessling, “The *Annales* Scholl and the Writing of Contemporary History”, *Review* (Binghamton, N.Y.), v. 1, 1978, 185-194; y Traian Stoianovich, *French Historical Method: The Annales Paradigm* (Ithaca: Cornell University Press, 1976).

16 Sobre grupos centrales y marginales véase R. Laurence Moore, “Insiders and Outsiders in American Historical Narrative and American History”, *American Historical Review*, abril de 1982, 390-412, y Philip Gleason, “Minorities (Almost) All:

Puede haber varias explicaciones en torno a por qué los historiadores conceptualizan al grupo como comunidad. Mucho de esto se debe a que, en décadas recientes, los intelectuales han añorado la comunidad. Especialmente desilusionados por el deterioro de los viejos centros urbanos, los intelectuales –genuina o superficialmente– han expresado su deseo porque continúe la vida de la comunidad. Ellos han buscado pruebas de la existencia de la vida comunal y de la posibilidad de que las tradiciones, los valores morales y las relaciones cercanas continúen entre miembros de la comunidad. Las comunidades que los historiadores todavía identifican como existentes son urbanas en su mayoría y están formadas por clases bajas, grupos étnicos, negros y trabajadores marginados.

Sin embargo, la añoranza por la comunidad ha motivado también otros estudios de comunidades no-urbanas. Lo que con frecuencia une a todas las historias de las comunidades es el enfoque de la escuela de los *Annales* –la larga duración y las mentalidades–, pues la escuela enfatiza la continuación de las tradiciones y la resistencia al cambio y a la modernidad. De esta manera, la “historia inmóvil” de los *Annales* plantea la posibilidad de que las comunidades perduren.

Una importante tendencia de los estudios locales y de las comunidades ha sido etnográfica. Los historiadores sociales en Estados Unidos han recibido la influencia de antropólogos como Clifford Geertz.¹⁷ Lo significativo de esta influencia es que, a través del análisis de los símbolos colectivos en las

The Minority Concept in American Social Thought”, *American Quarterly*, septiembre de 1991, 392-424; Barton Meyers, “Minority Group: An Ideological Formulation”, *Social Problems*, octubre de 1984, pp. 1-15. Para trabajos sobre comunidades de negros y esclavos consúltese George P. Rawick, *From Sundown to Sunup: The Making of the Black Community* (Westport, Conn.: Greenwood, 1972) y John W. Blassingame, *The Slave Community: Plantation Life in the Antebellum South* (Nueva York: Oxford University Press, 1972).

17 Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures* (Nueva York: Basic Books, 1973); Sobre Geertz véase Ronald G. Walters, “Signs of the Times: Clifford Geertz and Historians”, *Social Research* otoño de 1980, 537-556.

comunidades, el énfasis etnográfico se centra en su cultura y no en su política. El uso de la cultura explica también por qué los historiadores pueden presentar como comunidades a colectividades de individuos no concentrados geográficamente: la cultura cohesiona a la gente aun si no está unida dentro de un espacio específico.¹⁸

Otras dos corrientes historiográficas que enfatizan la cultura han influido en los historiadores de Estados Unidos: la del británico neo-marxista E.P. Thompson y la del estadounidense Herbert Guttman.¹⁹ Ambos historiadores estudiaron comunidades pertenecientes a la clase trabajadora, aunque Guttman también estudió las de esclavos negros durante el siglo diecinueve. Los dos explicaron cómo, en comunidades oprimidas y marginadas, la cultura reemplazaba a la política y ayudaba a estas comunidades a sobrevivir. Thompson y Guttman demostraron cómo éstas no cedían frente a la estructura centralizada y arbitraria del sistema y creaban sus propias culturas a través de tradiciones étnicas y familiares, asociaciones voluntarias, actividades de ocio, cultura popular y consumismo. Estas culturas comunitarias no sólo defendían a las comunidades de las clases hegemónicas, sino que también les servían como estrategia de lucha y fortalecimiento de su conciencia de clase. Para Thompson y Guttman, la clase era una categoría cultural más que una categoría del poder político o económico; y la conciencia de clase una expresión colectiva de la cultura en comunidades, más que en partidos políticos y sindicatos.²⁰

18 Sobre antropología e historia véase Bernard S. Cohn, "Anthropology and History in the 1980s", *Journal of Interdisciplinary History*, otoño de 1981, 227-252.

19 E.P. Thompson, *The Making of the English Working Class* (Nueva York: Pantheon, 1964); Herbert Guttman, *Work, Culture, and Society in Industrializing America: Essays in American Working Class and Social History* (Nueva York: Knopf, 1976) y *The Black Family in Slavery and Freedom, 1750-1925* (Nueva York: Pantheon, 1976); Sobre Guttman véase Peter J. Rachleff, "Two Decades of the 'New' Labor History", *American Quarterly*, marzo de 1989, 184-189.

20 Sobre los neo-marxistas véase Jackson Lears, "Radical History in Retrospect",

Este enfoque también explica por qué los historiadores definen a los grupos débiles como comunidades: son los lazos comunales dentro de una comunidad los que permiten a la cultura actuar como equivalente del poder político. Es sólo como comunidades que estos grupos sociales se convierten en actores en su propio derecho, capaces de crear alternativas en sus vidas y afectar la situación en que se encuentran. De esta manera, estos grupos dejan de ser impotentes, irrelevantes, inarticulados y sin control sobre las fuerzas históricas que los afectan.

La hegemonía de la nueva historia social en los setenta y principios de los ochenta, con su enfoque en las partes más que en el todo, ha empezado a ser cuestionada a finales de la década: algunos críticos inclinados al pluralismo liberal subrayaron la necesidad de incluir otra vez las partes dentro del todo y de llegar a una síntesis histórica que consolidara a Estados Unidos como nación. Para ellos era importante ver cómo las diferencias y la competencia entre los grupos afectaban el todo, y cómo los grupos participaban dentro del todo. Quienes criticaban a la nueva historia social plantearon preguntas sobre la nación y sus significados y sobre el carácter nacional.²¹ Lo que preocupa a los mismos críticos es que, en su lucha ideológica contra el concepto de “centro”, la nueva historia social de las regiones, de las comunidades y de otras divisiones socioculturales, parece haber perdido la capacidad de pensar el todo y el

Reviews in American History, marzo de 1986, 17-24. Véase también Lawrence Levin, “The Unpredictable Past: Reflections on Recent American Historiography”, *American Historical Review*, junio de 1989, 671-679, y Joan Wallach Scott, “History in Crisis? The Others’ Side of the Story”, *Ibid.*, 680-692.

²¹ Thomas Bender, “Whole and Parts: The Need for Synthesis in American History”, *Journal of American History*, junio de 1986, 120-136, y Thomas Bender, “Whole and Parts: Continuing the Conversation”, *Journal of American History*, junio de 1987, 123-130; Nell Irvin Painter, “Bias and Synthesis in History”, *Ibid.*, pp. 109-112; Gertrude Himmelfarb, *The New History and the Old: Critical Essays and Reappraisals* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1987); Richard Wightman Fox, “Public Culture and the Problem of Synthesis”, en *Ibid.*, 113-116.

centro. Desde esta perspectiva es evidente que la nueva historia social no ha encontrado todas las respuestas necesarias para escribir historia y responder a otras necesidades ideológicas en la sociedad estadounidense.

El multiculturalismo

Algo que en los últimos 15 años ha desafiado no sólo al modelo pluralista, sino también a la nueva historia social de los años setenta y principios de los ochenta, es el nuevo concepto de “multiculturalismo”.²² Dicho término está asociado con una nueva etapa en la lucha de las minorías por obtener reconocimiento e influencia en la sociedad. Tres elementos caracterizan esta nueva etapa: el cambio de énfasis político a cultural, el descontento con el dominio cultural de las mayorías y la promoción de intereses culturales minoritarios que desvalorizan los cánones eruditos, literarios y artísticos prevalecientes.

El modelo multiculturalista ha impulsado a la historia aún más hacia aspectos culturales y, por lo tanto, fuerzas en la sociedad que son amorfas e incuantificables. Al mismo tiempo, el análisis multiculturalista se ha preocupado por los grupos individuales, definidos como grupos culturales. En comparación con los años setenta, la idea de que ciertos grupos eran víctimas del sistema dominante y se encontraban marginados ha reinado en la agenda multiculturalista.

Al tiempo de subrayar la debilidad de ciertos grupos, el ideal multiculturalista ha sido la diversidad cultural étnica del país, única en el mundo. Pero el multiculturalismo se interesa en la representatividad apropiada de las minorías débiles y marginadas en la cultura nacional; en la posibilidad

22 Avery F. Gordon y Christopher Newfield (Eds.), *Mapping Multiculturalism* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1996); Alvin J. Schmidt, *The Menace of Multiculturalism: Trojan Horse in America* (Westport, Conn.: Greenwood, 1997).

de promover sus culturas particulares e integrarlas a los cánones establecidos. Debido al peso de la cultura como elemento unificador, el multiculturalismo interpreta a los grupos como colectivos dispersos a todo lo largo y ancho de Estados Unidos, sin una concentración específica regional. Los multiculturalistas llevaron a un nivel extremo el aspecto no geográfico de la anteriormente denominada “nueva historia social”.

Tenemos que percibir el conjunto ideológico multiculturalista como una problemática que plantea preguntas sobre conceptos tales como la estructura política del país y Estados Unidos como Estado-nación. Es decir, el multiculturalismo abre el debate sobre la unidad cultural y política de la sociedad, porque sus dudas más significativas giran alrededor de la “mente colectiva”, la filosofía política estadounidense y la unidad nacional en un territorio dado.

Particularmente beligerantes en la lucha multiculturalista por la diversidad sociocultural han sido los negros –o afroamericanos, como ahora prefieren ser llamados–. Pese a que han sido los afroamericanos quienes encabezan esta cruzada, otros grupos importantes se les han unido: los *Native Americans* –anteriormente llamados indios americanos–; los chicanos; los México-americanos; otros hispanos –ahora conocidos como “latinos”– y los “asiáticoamericanos” antes llamados orientales.

Todos estos grupos se aliaron en los que podrían llamarse “nuevos” grupos étnicos. Nuevos, ya sea por haber llegado recientemente al país, o nuevos en el sentido de haber desarrollado posteriormente una identidad étnica minoritaria. Estos grupos étnicos no provienen de orígenes europeos directos y son oriundos de varios países en vías de desarrollo: Centroamérica, Sudamérica, el subcontinente indio, Medio Oriente, China y el Asia Sudoriental. En términos raciales, sus miembros están mezclados y son originarios de lugares donde las poblaciones predominantes no son caucásicas.

Pueden ser considerados como diásporas de sociedades poscoloniales formadas en Estados Unidos.²³

Un cambio crucial en el carácter de la alianza de grupos minoritarios es que ahora incluye a grupos no caracterizados por raza o etnia. Sus miembros son mujeres y gente con orientación no heterosexual: homosexuales (*gays*) y lesbianas.²⁴ A los grupos definidos como “minorías” se les clasifica ahora por las condiciones desfavorables que experimentan: raza, color de la piel, género y la preferencia sexual de sus miembros. El elemento unificador de la alianza de las minorías, por lo tanto, consiste de “diferencias” innegables e inmutables que predeterminan la suerte de cada grupo y de sus individuos. Más aún, estos grupos se apoyan mutuamente por sentirse víctimas históricas. De allí que un autor las llamara “comunidades del dolor”.²⁵

23 Véase Andrew Hacker, *Two Nations: Black and White, Separate, Hostile, Unequal* (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1992); Patricia Williams, *The Alchemy of Race and Rights* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1991); Peter Skerry, *Mexican Americans: The Ambivalent Minority* (Nueva York: Free Press, 1993); Linda Chavez, *Out of the Barrio: Toward a New Politics of Hispanic Assimilation* (Nueva York: Basic Books, 1991); Gordon Mathews, *What makes Life Worth Living? How Japanese Americans Make Sense of Their Worlds* (Berkeley: University of California Press, 1996); Alvin M. Josephy Jr. et al (Eds.), *Red Power: The American Indians's Fight for Freedom* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1999); Reginald Horsemann, “Well Trodden Paths and Fresh Byways: Recent Writing on Native American History”, En Stanley I. Kutler y Stanley N. Katz (Eds.), *The Promise of American History* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1982), 234-244. Para trabajos generales sobre el tema consúltese W. Lawson Taite (Ed.), *A Melting Pot or a Nation of Minorities* (Austin: University of Texas Press, 1986); James Sleeper, *The Closest of Strangers: Liberalism and the Politics of Race in New York* (New York: W.W. Norton, 1994); véase también Ronald Takaki, *A Different Mirror: A History of Multicultural America* (Boston: Houghton Mifflin, 1993).

24 Richard D. Alba, *Ethnic Identity: The Transformation of White America* (New Haven: Yale University Press, 1990). Véase también John Higham, *Send This to Me: Jews and Other Immigrants in Urban America* (Nueva York: Atheneum, 1974). Sobre mujeres y minorías sexuales véase Nan Bauer Maglin et al (Ed.), *Bad Girls/'Good Girls': Women, Sex, and Power in the Nineties* (New Brunswick: Rutgers University Press, 1996); Joan Wallach Scott, *Gender and the Politics of History* (Nueva York: Columbia University Press, 1988); Paul Berman, “Democracy and Homosexuality”, *New Republic*, 20 de diciembre, 1993, 17-35, y Andrew Sullivan, “The Politics of Homosexuality”, *Ibid.*, 10 de mayo, 1993, 24-37.

25 Ian Buruma, “The Joys and Perils of Victimhood”, *New York Review of Books*, 8 de abril de 1999, 4-9.

Es importante comprender cuán diferente ha sido esta coalición de lo que fue en décadas pasadas. En la alianza multiculturalista no se encuentra ahora ninguno de los viejos grupos étnicos europeos, el meollo de cualquier discusión pluralista liberal sobre la etnia estadounidense en la Posguerra. El pluralismo liberal se modificó gradualmente a partir de los años sesenta: favoreció a las minorías –especialmente afroamericanas– dentro del sistema y las compensó en lo político y en lo económico a través de la política llamada “acción afirmativa”. Esta política significó el abandono de la idea de la competencia equitativa entre grupos de interés. Pero al mismo tiempo esta medida liberal politizó aún más a las minorías, quienes buscaron maximizar sus beneficios.²⁶

Durante la década de los setenta, el pluralismo liberal –en el que se basó el sistema político liberal– pudo sobrevivir a las tensiones entre las minorías y los grupos dominantes. Este pluralismo, que intentó ayudar a las minorías en términos políticos y económicos, sobrevivió gracias a la expansión de una élite intelectual-reformista de izquierda liberal, pro minoritaria. Durante los setenta, esta élite compartió con el gobierno el optimismo sobre la integración de las minorías. Pero según avanzaron los ochenta, creció el antagonismo de las viejas etnias blancas contra los afroamericanos en particular, pero también contra otras minorías y sus partidarios. Así creció un conflicto entre los tradicionales grupos blancos conformistas –los héroes de la ortodoxia del pluralismo liberal– y los nuevos grupos, exigentes y agresivos. Dentro de la atmósfera de polarización que se intensificó durante los ochenta, la campaña multiculturalista despegó, amenazando una vez más al pluralismo liberal.

26 Tumin Melvin M. y Plotch, Walter. (Eds). *Pluralism in a Democratic Society* (Nueva York: Praeger, 1977); Steven Cahn (Ed.), *The Affirmative Action Debate* (Nueva York: Routledge, 1997); Alan Wolfe, “The New American Dilemma: Understanding, and Misunderstanding Race”, *New Republic*, 13 de abril 1992, 30-37.

La lucha cultural es la característica principal de la nueva cruzada minoritaria que ha presionado al pluralismo liberal estadounidense. El uso de la cultura en la contienda multiculturalista contradice el principio fundamental y permanente del pluralismo. Este principio prohibía fusionar los ámbitos cultural y político. Los liberales entienden tal fusión como la politización de la cultura y han rechazado dicha fusión para así garantizar políticas moderadas y una sociedad estable. Pero como las minorías abandonaran la esperanza de que el enfoque político pluralista mejoraría substancialmente las condiciones de sus comunidades, empezaron a inclinarse por una lucha cultural.²⁷ De ahí que las minorías enfatizaran su identidad y afirmaran que las diferencias culturales entre los grupos, dependieran éstas de raza, etnia, género o sexualidad, constituían la esencia del orgullo minoritario.²⁸

Las presiones de los multiculturalistas para que la producción cultural minoritaria sea representada en todas las áreas del saber y de la vida intelectual buscan que disminuya lo que ellos llaman el eurocentrismo blanco, masculino y heterosexual, que siempre ha controlado la sociedad estadounidense. Los multiculturalistas afirman que en los cánones literarios y artísticos, así como en las escuelas y las universidades, se han ignorado o distorsionado las experiencias sociales y culturales de los grupos minoritarios. La difusión de nuevos conocimientos históricos y culturales revelará a los grupos dominantes la magnitud de los sufrimientos de las minorías; ayudará a mejorar la autoestima que estas últimas tienen de sí mismas, así como la imagen que los grupos

27 E. J. Dione, *Why Americans Hate Politics* (Nueva York: Simon and Schuster, 1991).

28 Sobre el tema de identidades véase Philip Gleason, "Identifying Identity: A Semiotic History", *Journal of American History*, marzo de 1983, 910-931. Sobre una colección de trabajos recientes sobre género e identidad de mujeres, véase Linda K. Kerber et al (Eds.), *U.S. History as Women's History: New Feminist Essays* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1995).

dominantes tienen de ellas. Más aún, la exploración del pasado y la divulgación de las culturas minoritarias mostrarán a los estadounidenses que su cultura nacional no ha sido exclusivamente euro-occidental, masculina o heterosexual, y que sus cánones dominantes no son superiores a los de las minorías.

El rechazo a la hegemonía de la cultura occidental pro masculina ha causado disputas que en casos extremos han resultado en etnocentrismo por parte de las minorías.²⁹ Más aún, la actitud antihegemónica de las minorías se convirtió en un conjunto de ideas que logró sustituir las estrategias políticas por estrategias culturales para influir en el sistema. Buena parte de la estrategia cultural en la campaña multiculturalista ha implicado el uso de teorías académicas. El conjunto de teorías académicas que el multiculturalismo utiliza en el ámbito universitario se conoce como “posmodernismo”. El postmodernismo incluye teorías tales como el “estructuralismo”, la “deconstrucción”, el “neopragmatismo” y el “poscolonialismo”. Estas corrientes teóricas han influido en las humanidades y las ciencias sociales. También han dominado los programas académicos de “estudios de la mujer”, “estudios de género” y de “estudios afroamericanos”. Estos programas están a la vanguardia de la campaña multicultural en el mundo universitario.³⁰

El pensamiento posmodernista examina una sociedad que ahora se percibe como más compleja, diversa y conflictiva. Así, el mensaje común de todas las teorías críticas posmoder-

29 Véase, por ejemplo, Molefi Asanti, *The Afrocentric Idea* (Filadelfia: Temple University Press, 1990).

30 Jeffrey Williams, *PC Wars: Politics and Theory in the Academy* (Nueva York: Routledge, 1996); Gerald Graff, *Beyond the Cultural Wars: How Teaching the Conflicts Can Revitalize American Education* (Nueva York: W.W. Norton, 1992); Roger Kimball, *Tenured Radicals: How Politics Has Corrupted Our Higher Education* (Nueva York: Harper y Row, 1990); Henry A. Giroux (Ed), *Postmodernism, Feminism, and Cultural Politics: Redrawing Educational Boundaries* (Albany: State University of New York Press, 1991); Lawrence W. Levin, “Clio, Canons, and Culture”, *Journal of American History*, diciembre de 1993, 849-867.

nistas ha sido que todo discurso está estructurado social y políticamente. Los múltiples contextos del poder determinan los valores, experiencias y actitudes de cualquier tipo de discurso. El proyecto posmodernista, entonces, pretende entender el papel que el poder desempeña en la sociedad y sus efectos en todos los productos culturales. En suma, la meta del crítico multiculturalista que utiliza el método posmodernista ha sido desmitificar la cultura dominante, mostrando que ninguna cultura tiene una superioridad objetiva sobre otra.³¹ Su propósito es rechazar la universalidad cultural de los grupos dominantes y redefinir subjetivamente las culturas de las minorías como diferentes de esos grupos.³²

El estudio del Oeste y los retos del multiculturalismo

La división multicultural de la sociedad por medio de diferencias culturales es casi una antítesis al regionalismo, ya que las culturas particulares están esparcidas de un lado a

31 Richard Bernstein, *The New Constellation: The Ethical-Political Horizons of Modernity/Postmodernity* (Cambridge, Mass.: MIT Press, 1990); Stanley Aronowitz, *Roll over Beethoven: The Return of Cultural Strife* (Hanover, N.H.: Wesleyan University Press, 1933); Sandra Harding, *Whose Science? Whose Knowledge?* (Ithaca: Cornell University Press, 1991); Lorraine Code, *Feminist Theory and the Construction of Knowledge* (Ithaca: Cornell University Press, 1991); Linda J. Nicolson (Ed.), *Feminism/Postmodernism* (Nueva York: Routledge, 1990).

32 De esta manera, los posmodernistas desarrollaron los conceptos de las "diferencias" y "el otro", que expresan la existencia de distinciones entre culturas. "Los otros", es decir, las minorías, se distinguen de los grupos dominantes a través de "diferencias" de color, raza, género y sexualidad. En términos absolutos, estas diferencias existen como distinciones biológicas. Pero en términos sociales y culturales, las "diferencias" asumen significado a través de percepciones subjetivas. Según esta idea, un color de piel puede convertirse, de manera subjetiva, en algo superior a otro color de piel, o un género puede volverse superior a otro. De esta manera, las diferencias biológicas se transforman en diferencias culturales. Y si las diferencias están basadas en percepciones subjetivas y no universales, entonces ningún color de piel -o ningún género- es objetivamente superior a otro. Véase Henry Louis Gates, Jr., *"Race", Writing, and Difference* (Chicago: University of Chicago Press, 1986).

otro del país y por lo tanto trascienden las regiones. Esta actitud multicultural ha eliminado todavía más el pensamiento regional en la historia estadounidense, con una excepción, en la que el multiculturalismo fue integrado a la historia regional: la historia del Oeste estadounidense.

Durante muchas décadas se creyó en el legado del historiador Frederick Jackson Turner. Este legado afirmaba que la frontera occidental era la tierra de la aventura para el hombre blanco, su gran triunfo y la base de su sueño imperial. Así, la historia del Oeste había explicado hasta recientemente el carácter individualista, el progreso y la democracia estadounidenses. A partir de los ochenta, una nueva generación de historiadores, dirigida por Patricia N. Limerick y especializados en el Oeste, comenzó a poner a prueba la tesis de Turner. Los integrantes de esta generación incorporaron nociones multiculturalistas cuando subrayaron los efectos de la conquista de los indios y de los hispanos por parte de los colonizadores europeos.

Estos historiadores recalcaron la brutalidad de la conquista y el efecto devastador de las matanzas y explotación de las poblaciones indígenas del continente, en vez de alabar la superioridad moral y cultural de la civilización europea por encima del supuesto salvajismo de los indios. Los nuevos historiadores del oeste negaron así el mito de la “colonización” del Oeste y lo convirtieron en un proceso más de la historia de Estados Unidos. La conquista del Oeste para ellos fue un símbolo de la brutalidad masculina. Por eso, ellos abogaron por el estudio no sólo de las dañadas y lastimadas poblaciones indígenas y la diversidad étnica de la región, sino también por la reconstrucción del drama y de las dificultades que enfrentaron las mujeres que emigraron hacia –y vivieron en– el Oeste.³³

33 Patricia N. Limerick, *The Legacy of Conquest: The Unbroken Past of the American West* (Nueva York: W.W. Norton, 1987); Richard Slotkin, *Gunslinger Nation: The Myth of the Frontier in Twentieth Century America* (Nueva York: Atheonum, 1992);

En años recientes, los historiadores han aplicado también el multiculturalismo al estudio del Suroeste. Y su enfoque “transfronterizo” ha definido la zona limítrofe del norte de México y el suroeste de Estados Unidos como una región en sí misma. Primero, como la zona que los españoles y las culturas indígenas forjaron y, más tarde, como la región de “la frontera”, en donde dos culturas –la mexicana y la mexicanoamericana– se fundieron en una en transición constante, dada la constante fluidez de la migración permanente y temporal. Esta nueva visión transfronteriza apunta al impacto histórico y étnico-cultural que proviene de más allá de los límites fronterizos formales de Estados Unidos. Esta visión ha estado ligada a la globalización y la regionalización del mundo. Este punto de vista transfronterizo considera a países independientes como parte de unidades geográficas más amplias. Por lo tanto, este enfoque pone a prueba el viejo paradigma de Estados Unidos como un espacio cultural y nacional único y perfectamente definido.³⁴

Incluso dentro de su tendencia regionalista, la ideología y las teorías académicas que el multiculturalismo utiliza han alentado el particularismo cultural de grupos minoritarios. Parece que el pluralismo liberal ya no provee líneas a seguir para las minorías. Éstas y sus defensores rechazan el ideal pluralista original y se preguntan hasta qué punto son parte del colectivo nacional. Algunas de estas minorías, las más extremistas y separatistas, dudan en la conveniencia de una unidad nacional. Lo que falta en este momento de transición y de guerras culturales son conceptos fundamentales alternos que sean relevantes para la época posmoderna, caracte-

Donald Worster, *Under Western Skies: Nature and History in the American West* (Nueva York: Oxford University Press, 1992).

34 Jeremy Adelman y Stephen Aron, “From Borderland to Borders: Empires Nation-States, and the Peoples in Between in North American History”, *American Historical Review*, junio de 1999, 814-841, y *Columbia Consequences* (Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press, 1989).

rizada por identidades “pos-étnicas”.³⁵ Se necesitan nuevos principios de la filosofía política que reemplacen las nociones tradicionales de pluralismo, comunidad, nacionalidad. Tales principios restablecerían las fuerzas unificadoras, políticas y espaciales de federalismo y territorio. Los nuevos conceptos alternos deberán redefinir la noción de “membresía” en la comunidad, la identidad nacional y la esencia de Estados Unidos como un Estado-nación dentro de un solo territorio. ☒

35 David James Davison Hunter, *Culture Wars: The Struggle to Define America* (Nueva York: Basic Books, 1991). Una propuesta para un pluralismo modificado se encuentra en David A. Hollinger, *Postethnic America: Beyond Multiculturalism* (Nueva York: Basic Books, 1995).